

Don Manuel González Zeledón

1864 1936

A doña María del Socorro de Tinoco
A doña Berta de Gerli.

El autor

Bajó del tren en la vieja estación del Atlántico. Tenía yo treinta y un años. El alcanzaba, ya herido de muerte, sus 72. Vestía con irreprochable elegancia. De estilo norteamericano. Un largo abrigo gris y un "stetson" del mismo color, dábanle la apariencia de lo que era: un señor. "Quedé como en éxtasis", dice Nervo y lo repito. Para los muchachos de entonces, la presencia viva de "Magón" dimanaba una electrizante y mágica impronta. Por años, lo habíamos leído con una inefable fruición; con el deleitoso goce de quien pasa su mano por las carnes de la patria; lo intuíamos como un Demiurgo, creador, no de la filosofía platónica, sino de la literatura criolla y auténtica. Pude gozar de su visión, la primera y última, en un laborioso espectro. No cabía la duda. Del rostro que conocíamos, en la mitad de la vida al que teníamos al frente, no había nada más que el silencioso roer de los años. Se le notaba palidez extrema, pero el fulgor de su bondad flameaba intacto. Poseía modales dulces, tranquilos y suaves, y creí adivinar, que un gran cansancio lo abrigaba como un "pensar"; tristeza y gozo de volver a la patria, sonrisa apenas perceptible. Era una sonrisa neblinada por la nostalgia renacida.

No tuve valor para acercarme. Me bastaba verlo y llenaba con ello una aspiración vieja. Su espíritu confortó mis horas de lectura de niño y de joven. No fue necesario perturbar aquel momento con preguntas que serían irrespetuosas. Me mantuve lejos, arrinconado en mí mismo. Sabía que no se volvería a realizar el milagro de ver a "Magón", así, asequible, a la mano, a pocos pasos, pero infinitamente lejano.

De todas maneras su tamaño literario permitía gozarlo aún desde el horizonte. Murió pocos meses después. Fue un año, el 36, en que se unió la luz con la sombra.

Manuel González Zeledón nació en San José, en el año de 1864. Pertenece, pues, a lo que "apriorísticamente" he llamado "Primer Movimiento de Cultura". Si bien Pío Víquez es el que abre la lista, nacido en el 50, coloco a "Magón" como primero de estos trabajos, por ser, sin discusión alguna, el primero en la literatura patria; el autor nacional por antonomasia; el maestro de todas las generaciones; el condensador y catalizador, de lo que después trastabillando, vino. Nunca fue superado. Nunca fue igualado. Su obra menuda, ardiente, auténtica, era un recipiente de alcohol en el que se había conservado el íntimo espíritu del ser criollo; en su habla y su fonética; en sus "costumbres", en el temple, en las esenciales virtudes. Fue un realista (?), el primero, y un naturalista (?), porque copió el ámbito humano. "Magón" posee hoy, como hace setenta años, el frescor del alma cotidiana, esencia de la patria y germen del sentimiento nacional.

En cuanta ocasión lo encontré adecuado, hizo reclamo de su derecho a considerarse "descubridor" de la "veta" —así la llama— "costumbrismo nacional". Nada es más justo. Mientras los escritores de su tiempo usaban el habla culta, "Magón" irrumpía, no solamente con la fonética y la sintaxis nacional, imperceptible para cualquier oído inferior, sino, y esto es lo más importante, con la menudencia, el fino cristal del acaecer diario, las congostas y las retumbancias de nuestra vida oficial y doméstica; el maravilloso duende del alma nacional, encajada en cada costarricense, relacionada —muy lejos de un absoluto— con el medio pobrete, la "manera" y el "giro" que tenían en el labio tanto la "señora", como "la de adentro" o el "Inspector de Escuelas", o el "representante del Ministro". Todo ese sustrato original, cálido, diferente; acogedor y hospitalario, grandilocuente en los actos de gobierno; todo el decorado de un escenario casero u oficial; la mágica restauración de un tiempo que nadie de los actuales conoció, pero intuye como exacto porque en él están los frutos del campo, las ramas de adorno, el trago de la "taquilla y Tercena", el ruco amarrado, las desventuras de los ciudadanos, no ilustres, pero sí medioceros. "Magón" saca de la veta un tesoro inestimable que por su fuerza realística y poética, mantiene la efusiva tibieza del momento que no se enfriaba ni al través de setenta años. El discurso está lleno de una profunda ternura. El que escribe no tiene espíritu vitriólico; sino que es jugueteón y triste, adobado como la melaza sobada; a la manera de una nostalgia acariciante. Hay momentos de indescribible belleza pura, como en la página 31, (Cuentos de Magón "Colección Selectio", Editorial Lehmann. Editor José María Arce). "Y una alegría infinita que más parecía dolor; era mi padre, mi maestro, mi mejor amigo". El episodio remata aún con una frase que devela de sopetón el espíritu de

la época. "Ya era firme columna del templo sagrado de la patria". (Ibidem. Pág. 32).

No será necesario un profundo estudio de los alcances políticos-económicos-sociales, de la problemática nacional por el año de 1896. La sentencia de "Magón" nos da condensadamente el pensamiento de una juventud y su época, desnuda ante el crítico y adornada con todos los atributos del bien.

Esta propiedad de sus escritos fue una revelación, una sorprendente anunciación. Manuel González Zeledón, sin pensar en la "abstrusidad", ni en el "absoluto", ni en la batalla de los sexos, ni la definitiva soledad del alma humana, extraía del espíritu costarricense su propia esencia, la "vitalidad de una existencia" modelada al medio, sensible "turnera", jubilosa, alegre y vivaz, cuajada de un mundo minucioso de detalles rústicos y de palabras cálidas, que olían al objeto que encerraban. Todo ese mundo de un mundo restrasado, de carreta de bueyes, de "guruperas en las sillas baqueanas, del trago en la visita de pésame, o de los "prestiños" de la fiesta escolar o del acontecimiento social que se rociaba con rompope y atollillo, ensaimadas y empanados de chiverre. Un mundo limpio, de gran fuste los caballeros y de gran peinado las encopetadas damas; saraos iluminados con candela; almuerzos de cumpleaños. Se adivina una sociedad hermanada, confusamente ortodoxa, en la que el alma nacional era un total



único, de quienes podían y de quienes no podían, pero en el fondo alentados por idéntico señorío, una gran clase, una alta dignidad, no determinada por dineros ni por mazamorras de más o menos. En la pluma del gran maestro, con un amor infinito van desfilando sus amigos de niños, los amigos de las pozas. Luego los de las escuelas; los de la enseñanza superior, la política, la relación social. No se queda uno. El autor, llega a la cúspide cuando inclina su pluma hacia el papel y canta un réquiem profundo por aquéllas que sirvieron en la "casa grande"; las que consintieron sus caprichos de niño y sus travesuras de muchacho y sus aventuras picarescas de amor, ya de joven pendenciero. Su mano maravillosa penetra en el rincón de la casa y en el rincón del hogar, y llega, a no dudar, hasta el más hondo del corazón humano. Todo es sacado a la luz, puesto a "blanquear" al sol, como lo hacen las lavanderas con la ropa y el "azul" de bolitas.

Su prosa es suelta, ágil, extensa de léxico, adornada por todos los términos del pueblo, en cuya boca anda rodando esa parla que no tiene la bajeza del "lunfardo", sino la inocente consternación del sentir hermoso de la vida costarricense tranquila, diáfana, vida de pan de todos los días; de rezo del rosario; de campañas políticas enardecidas y discursos grandilocuentes. Pero todo está lleno de amor, de un largo inembargable, amor, un inalienable amor, que es el corazón del autor que sangra y colora las páginas. "Magón"

constituye la piedra básica de nuestra literatura. Después se levantará sobre ella un edificio de atormentados hombres erráticos y ansiosos. Se construirá un realismo, casi fotografía, con dominio de la fonética y de la sintaxis nacional. Lo que nunca se logrará alcanzar es la nobleza y la trágica emoción de su mano. ¡Ese es un milagro! El que lo eterniza; el que lo convierte en autor de moda inamovible, de actualidad inacabable, trepidante y nueva, naciendo cada día, floreciendo en cada instante, sin desgastarse; ninguno de sus atributos se deslavaza; ninguna de sus virtudes declina. El gran escritor se mantiene en el cenit de su carrera literaria. Y en el cenit permanecerá porque él es y fue, el secreto sencillo y humano del alma nacional de los humildes.

Don Manuel González Zeledón inició sus trabajos escribiendo para el periódico. No se trataba de sentarse con la pluma a fabricar una gran obra maciza e intrigante; un esquema total de la problemática económica o política del país. Por su mente nunca pasó la idea de traicionar su elevada misión. Lo que sí formó su gran propósito, haciéndole un inmenso favor al costarricense, fue llevar al papel, materializar por medio del vivo lenguaje nacional, el alma de la patria. Por ser la lengua la expresión más viva de un pueblo, al través de ella podemos adivinar todas sus virtudes y defectos. Es la confesión tácita de la gente; conlleva el rumor del barrio, la mentalidad y sensibilidad de los hombres en el trajín de los días.

Se ha dicho repetidamente que el lenguaje del pueblo se hará a la postre el lenguaje culto. Es ahí, y posiblemente en una función que sí pertenece al pueblo con exclusividad, donde el crisol da una forma gráfica y práctica de la vida que se va incubando. El verbo, el adverbio, los sustantivos, los tiempos y los números, el orden sintáctico de la oración, todo es sometido a un trastruque, a nuevas y encantadoras formas del decir popular. Mil bellezas saltan de ese crisol, de esa paila hirviente para usar un término más criollo. Manuel González tiene un oído de excepción para recoger los modismos, quebrados giros, ~~opulentos adjetivos~~ y diminutas palabras de ternura, que constituyen el habla de las mujeres y de los hombres campesinos y "orilleros". Nadie lo ha igualado, porque aun cuando ha surgido un cultivador del estilo, con excepción de Aquileo su primo, que lo lleva posteriormente al verso, falta de todas formas la ternura y bondad infinitas que derrama "Magón" en cada frase. Toda su obra es un largo arrullo de amor a la patria. Su esencia total se basa en esta característica incopiable, induplicable. Existe un duende jugueteón y bueno que conduce el discurso por entre jardines de bonhomía. Esto, más que la exactitud de capturar con el oído la forma original y costarricense del habla, es lo que mantiene su obra en el punto exacto de una actualidad no envejecida.

El disperso escritor de los periódicos logrará años después que sean estas piezas desparramadas, la unidad de un libro voluminoso. Se le titula "Cuentos de Magón". No es exacto el título. La mayoría son imágenes, retazos, aventuras personales y de conjunto, trozos de la vida, leyendas restauradas por su noble pluma. Todo lleno de una inmensa gracia, de un toque imaginativo y ligero, una prosa clara, breve y directa. El vocablo juega para matizar, dar colorido, producir angustia o risa, como si el que escribiera todo aquello fuera un Demiurgo trabajando en el archivo de los tesoros populares. Bastaría que el libro llevara un solo título explicativo: "Magón", cuyo nombre encierra todo un proceso literario, pictórico, analista y filosófico de la patria que le tocó vivir de cerca y amar de lejos. "Magón" se explica por sí mismo. Todo cuanto se diga, no es otra cosa que un intento fragmentario para analizar, catalogar, ordenar el producto de una mina a la que es difícil darle fondo.

En determinadas ocasiones, el autor se sienta para hacer un cuento. Ya no se trata de imágenes vitales, de paisajes humanos bullentes, sino de una situación determinada que conduce a un fin, sorprendente y magnífico. El gran demiurgo ha decidido escribir un cuento, o una leyenda, o un rumor que comenta la sociedad alumbrada por candelas. Y hay un instante en que, ordenado el producto de la veta, sistematizado su trabajo de producción, se enfrenta con la "novela corta". Estamos, pues, ante la obra que requerirá un despliegue máximo, un plan preconcebido, un esquema doiente, un propósito delator del drama rural que el costarricense planea: es el año en que escribe "La propia", una de sus obras maestras.

(Continuará en el próximo "Ancora")